

Instituto de Investigaciones Gino Germani

VI Jornadas de Jóvenes Investigadores

10, 11 Y 12 de Noviembre de 2011

Nombre y apellido: Mg. Lior Zylberman

Facultad de Ciencias Sociales, UBA / Centro de Estudios sobre Genocidio, UNTREF

Correo electrónico: liorzylberman@gmail.com

Eje problemático: Eje 5. Política. Ideología. Discurso

Título de la ponencia: La imaginación como prótesis de memoria

Numerosos son los autores que en los últimos años han advertido sobre los “abusos de la memoria” en las sociedades contemporáneas. Algunos han reflexionado en torno a la “memoria saturada” (ROBIN, 2003) otros han pensado nuevas formas de olvido (HUYSSSEN, 2010). En ese contexto, resulta sugerente el movimiento dado por Todorov, quien de pensar en torno a una memoria ejemplar ha pasado a preguntarse si la memoria puede servir, realmente, como remedio para “curarnos del mal” (TODOROV, 2009).

Nuestras reflexiones se inician, en parte, a partir de esas consideraciones. Creemos, en efecto, que la memoria, en tanto concepto o idea para pensar nuestra relación con el pasado, ha llegado a un límite, límite que también se torna problemático. Por lo tanto, se nos abren nuevas preguntas que, claro está, tienen también sus implicaciones políticas y éticas. Nuestras inquietudes se originan al repensar cuáles son los límites y posibilidades de la noción de memoria colectiva en una sociedad de masas, indagando así otra perspectiva teórica para pensar nuestra relación con el pasado desde un punto de vista sociológico, y reflexionar sobre el lugar del conocimiento en dicha discusión.

Los límites a los que hacemos mención podemos encontrarlos en varias situaciones. La apelación constante a la memoria como deber, la amplia aplicación en diversos campos, el pedido de “ejercitación” de la memoria, todo conlleva a una retórica

que en muchas oportunidades culmina estéril, quizá alcanzando efectos negativos a los deseados. Otro interrogante que nos podemos preguntar, maniobrando en los límites, es si existe una memoria válida. Es decir, la memoria se coloca como salvaguardia en los reclamos de historias no escuchadas, de grupos que no son tenidos en cuenta en la historiografía o bien para pensar el pasado reciente argentino. Sin embargo, ¿quién es el enunciador que recuerda? Si la memoria, tal como lo señala Philippe Petit (ROUSSO, 2002), hoy en día se la emplea casi como sinónimo de pasado, ¿hay memorias más válidas que otras? Empleando el mismo marco teórico referente a la memoria colectiva, ¿por qué se deberían aceptar unas y rechazar otras? Al abrir la puerta de la memoria, esta encadena otras que lleva a abrir otras y así sucesivamente. Quizá el uso político del pasado y la búsqueda de justicia no deban ser pensados, exclusivamente, bajo la óptica de la memoria. Nuestra insistencia en ello se debe a que notamos que la apelación a ella ha tendido cada vez más a mistificarse, a transformar el pasado en mito e, incluso, en tradición. Nuestro temor se justifica al pensar cómo influencia el pasado en la significatividad de las acciones del presente.

Una de las apreciaciones que notamos es que la mayoría de los pensadores que brindan los marcos teóricos generales (sobre todo Halbwachs, pero también Bergson y Husserl) expusieron sus trabajos durante las primeras décadas del siglo XX. Desde ya que esto no quita la riqueza y las posibilidades de sus análisis, nosotros también partiremos de ellos, pero lo cierto es que desde la mitad de aquel siglo hasta nuestros días somos testigos de diversas transformaciones en las comunicaciones que debe obligar a repensar tanto la memoria humana como nuestra relación con el pasado.

Esto nos lleva a exponer dos itinerarios que recorreremos en las páginas que siguen. Primero, haremos una breve presentación de lo que hemos denominado “la imaginación como prótesis de memoria”. Trataremos de desarrollar sucintamente el carácter creativo de la memoria, llevándonos a repensar nuestra relación con el pasado. En segundo lugar, apoyándonos en la teoría social de Alfred Schutz, indagaremos en torno a la experiencia predicativa del mundo de los predecesores, acerca de la significatividad (*relevance*) y sobre la distribución del conocimiento. Con el recorrido propuesto, se verá que quizá antes que apelar a políticas de la memoria, se debe recurrir a políticas del conocimiento, para que el pasado cobre significatividad en los planes, proyectos y decisiones, para que el pasado no actúe como “excepción” durante un día o durante una celebración, que no sea impuesto por los avatares de la opinión pública sino

que sea intrínseco de cada persona. En síntesis, tender a aquel tipo ideal que Schutz denominó “ciudadano bien informado”.

### *La imaginación como prótesis de memoria*

La transmisión del pasado es un componente fundamental de cualquier grupo. En la sucesión de generaciones no sólo se transmiten las herencias culturales sino también las tradiciones, normas y costumbres, reproduciéndose las identidades tanto familiares como las nacionales. Desde ya que esa sucesión no es monolítica, si bien la transmisión se produce *en* el tiempo no significa que el contenido sea inquebrantable o se mantenga exacto en el transcurrir. Cada persona recibe un mundo social preinterpretado que a su vez interpretará según su situación biográfica para legarlo así a sus sucesores. El pasado, por lo tanto, siempre es recibido preinterpretado y a la vez abierto para una nueva interpretación.

Si la modernidad propició cambios sustanciales en las estructuras sociales, el siglo XX no sólo trajo consigo la sociedad de masas sino nuevos medios de comunicación, entre ellos el cine y la televisión. En los últimos años hemos también asistido a nuevas transformaciones en el campo de las telecomunicaciones. Esto trae no sólo cambios en nuestra forma de comunicarnos, con ellos nuestra relación con el pasado se ha visto sustancialmente modificada. Al escrutar la relación entre medios de comunicación (sobre todo el cine e internet) y memoria, podemos desentrañar algunos rasgos del funcionamiento de la memoria humana. Si bien no es nuestro propósito detenernos en dicho tema, lo cierto es que se nos abre un interrogante en torno al pasado y la experiencia.

La primera pregunta que nos hacemos es cómo podemos recordar una situación, un hecho, un acontecimiento, que no vivimos. Claramente uno puede recordar un suceso o acontecimiento del cual fue contemporáneo a partir de dos premisas: experiencia directa o experiencia indirecta. La primera, en tanto vivencia; la segunda, en tanto experiencia predicativa. Ambas experiencias pueden ser recordadas, pero ya aquí se abre una brecha. Desde un punto de vista fenomenológico, la vivencia resulta ser una percepción, y recordar es traer de vuelta una percepción; volver a percibir en tanto memoria. Pero lo mismo puede suceder con una experiencia indirecta: podemos recordar el suceso en tanto contemporáneos (por ejemplo, los hechos de diciembre del 2001 en Argentina) no tanto por “haber estado allí” sino por estar “sincronizados” con

el suceso. Ahora bien, qué sucede con acontecimientos de los cuáles no somos contemporáneos, como por ejemplo algo que sucedió a principio del siglo XIX. ¿Qué es lo que recordamos? De este modo debemos hacer dos distinciones: *recordar* el pasado y *conocer* sobre el pasado. Estas distinciones tendrían relación con las pensadas por William James en torno a “conocimiento de” y “conocimiento sobre” (JAMES, 1951, p. 28). Si el suceso es contemporáneo y puede “ser fechado” en nuestra corriente de conciencia, dicho conocimiento puede adosarse a la memoria y llegar a ser recordado como experiencia vivida<sup>1</sup>.

Esto nos lleva a indagar más sobre la memoria humana. Si bien sabemos que la memoria colectiva siempre recuerda desde un determinado presente, lo mismo sucede con la “individual”. Las más fuertes críticas sobre la noción de memoria colectiva se asientan en su término colectivo, aduciendo que toda memoria es, de por sí, colectiva. No es nuestra intención centrarnos en estas discusiones, pero hemos notado que las mismas suelen estar en el segundo término del concepto y no en el primero. Es decir, no se ha indagado, quizá, sobre la memoria.

Para nuestra exposición, quisiéramos reservar la noción de memoria para la esfera individual y subjetiva, sabiendo y partiendo de la característica social de la misma. Si bien, como ha señalado Endel Tulving (2007), existen 256 tipos diferentes de memoria, para el enfoque que deseamos desarrollar nos posicionaremos epistemológicamente dentro de la fenomenología. Por lo tanto, comprenderemos que la memoria es la cualidad de la conciencia de traer percepciones pasadas. En la terminología husserliana hablaríamos de rememoración o de recuerdo secundario. Lo que nos interesa de esta perspectiva es su relación con las experiencias pasadas, ya que la rememoración también se constituye con protenciones; es decir, la experiencia esperada que deberá seguir inmediatamente después de la presente experiencia.

Ahora bien, en párrafos anteriores hemos comentado que filósofos de la talla de Husserl, Bergson o Halbwachs meditaron sobre la memoria durante fines del siglo XIX y principios del XX. Creemos que el punto inicial dado por Husserl continúa siendo fundamental para las reflexiones en torno a la memoria, pero pensamos que se debe complementar con nuevas indagaciones, sobre todo las provenientes en el campo de la psicología o la neurociencia. A la vez, si tomamos a Husserl es porque el autor con el

que queremos desarrollar nuestros pensamientos, Alfred Schutz, partió del filósofo alemán a fin de desenvolver su teoría.

Los investigadores de la memoria humana han arribado a ciertas conclusiones que nos parecen cruciales para complementar en el ámbito de las ciencias sociales. Algunos han caracterizado a la memoria con facilidad para la distracción, para el bloqueo y para la atribución errónea como también fácilmente sugestible (SCHACTER, 1996). La memoria busca coherencia, y en esa búsqueda puede hacernos recordar vivencias no vividas; la memoria no opera con verdaderos o falsos. Por otro lado, se ha desterrado la cualidad archivística de la memoria, los recuerdos no se “guardan” – se codifican – y por lo tanto la memoria no es replicadora, como la de una computadora, sino creativa. Como ha sugerido Gerald Edelman, la memoria posee la cualidad de crear el recuerdo haciéndolo pasar como similar a la experiencia originaria, a esto él lo ha llamado “el presente recordado” (EDELMAN, 1990; EDELMAN y TONONI, 2002). De este modo, precisamos repensar cómo recordamos en cualquier marco social. Lo dicho no debe verse como un “rechazo” a la memoria, sino que nos proponemos pensar sus características y límites. Lo que nos interesa remarcar en de lo anteriormente dicho es el carácter creativo de la memoria. Sin embargo, ¿a partir de qué instancia u operación la memoria llena esos agujeros? ¿cómo logra la conciencia darnos por vívidos recuerdos que no “experienciamos”? Creemos que ese es el lugar de la imaginación.

La imaginación ha quedado marginada en las indagaciones en torno al pasado. Quizá porque ella suele ser dejada para el mero fantaseo, para la creación artística y no para la vida cotidiana. Pero esos son sólo alguno de los tantos usos de la imaginación. Numerosos son los autores que han indagado en torno ella, desde la Grecia clásica hasta nuestros días. Para nuestro desarrollo, partiremos de la premisa dada por Jean Starobinski, quien afirmaba que la imaginación es también fuente de conocimiento (STAROBINSKI, 2008).

Si pensamos que gran parte de nuestras vivencias cotidianas resultan ser experiencias predicativas, ¿cómo es nuestra relación con el pasado? Seguiremos con Schutz (1993; SCHUTZ y LUCKMANN, 2003) para exponer algunas consideraciones. En su estructuración del mundo social, el sociólogo austríaco afirmaba que el mundo de los contemporáneos es aquel donde podemos compartir el espacio y el tiempo, donde podemos sincronizar nuestras conciencias, donde las acciones y actos de uno pueden

influir sobre el otro. Es entre contemporáneos donde podemos desarrollar relaciones (u orientaciones) Nosotros. En este mundo nos encontramos con meros contemporáneos (presuponemos que hay otros como yo que viven en este momento pero nunca los conoceré, pero ese horizonte de posibilidad se encuentra abierto) o contemporáneos recuperables (asociados o semejantes; nuestra familia, por ejemplo). El mundo social también se encuentra estructurado por el mundo de los predecesores, aquellos con los que ya no podemos compartir ni el espacio ni el tiempo; por lo tanto, una relación cara a cara resulta imposible. Esta relación es, a su vez, unilateral. Si bien no hay diálogo posible, los predecesores pueden influir sobre los contemporáneos, sus actos pueden tornarse proyectos para éstos; los contemporáneos pueden orientar sus acciones acorde al legado dejado por los predecesores.

Un contemporáneo puede volverse predecesor (nuestros abuelos, por ejemplo), y de él podemos tener recuerdos ya que compartimos el espacio y el tiempo, pero de un predecesor puro (Cristobal Colón, por ejemplo) no. Lo que a Schutz le interesa remarcar dentro de su estructuración del mundo social, es que gran parte de nuestro acervo de conocimiento proviene de experiencias predicativas.

No nos interesa indagar sobre la socialización, ¿pero qué sucede cuando nuestros abuelos nos narran sobre sus infancias? Incluso ¿qué sucede cuando alguien nos cuenta sobre un accidente automovilístico, del cual nosotros también fuimos testigos pero lo vimos desde otra perspectiva? En el primer ejemplo, es evidente que no podemos recordar – podremos luego recordar lo que nuestro abuelo nos contó. En esa instancia, sin embargo, la imaginación se activa, imaginamos lo que nos narran a partir de nuestro acervo de conocimiento. Desde una perspectiva fenomenológica, la imaginación es intencional, puede darle un objeto a la conciencia para luego sí poder recordar el objeto imaginado<sup>2</sup>. Por otro lado, nuestro acervo de conocimiento puede llenar las expectativas, las protenciones, y darle coherencia a dicho recuerdo no vivenciado. ¿Hasta qué punto los recuerdos no son creados por nuestras expectativas, expectativas biográficamente determinadas? En el segundo caso, sólo podremos recordar el accidente desde nuestro punto de vista. Si sólo vimos la parte delantera del auto chocado, no podremos recordar la trasera. Sin embargo, podemos presuponer e imaginar lo que no vemos en base a nuestro acervo de conocimiento<sup>3</sup> o bien a partir de un testigo que vio esa cara del auto. Estos ejemplos se pueden hacer extensivos a otras situaciones.

En síntesis, si nos detenemos en Schutz y en algunos aspectos de la fenomenología se debe a que nos interesa reflexionar en torno a la experiencia y la percepción, discusiones que en los debates sobre la memoria se dan por sentados. Por otro lado, efectuar dicha descripción nos permite entrar en la reflexión en torno a la imaginación como prótesis de memoria.

Antes afirmamos que gran parte de nuestras experiencias de la vida cotidiana son experiencias predicativas; sin embargo, ¿cómo es que logramos “conectarnos”, reconocer, a los otros? Los medios masivos de comunicación claramente han modificado nuestra relación con los otros, tanto con nuestros contemporáneos como con nuestros predecesores. Si Benedict Anderson teorizó en torno a las “comunidades imaginadas”, Arjun Appadurai lo hizo sobre el “trabajo de la imaginación” en la subjetividad moderna, pensando cómo los medios de comunicación electrónicos ofrecen nuevos recursos y disciplinas; en ese sentido, él piensa la imaginación como un “escenario para la acción” (APPADURAI, 2001, pp. 21-23).

La imaginación funcionaría como prótesis de memoria en el sentido que puede generar recuerdos sobre hechos no vividos. Pero lo importante de esta propiedad de la mente, no reside en dicha generación sino cómo se sedimenta en el acervo de conocimiento, como, en pocas palabras, se integra al sistema de significatividades<sup>4</sup> de cada persona.

Decíamos entonces que los medios masivos de comunicación no sólo desafían las ideas en torno a los “marcos sociales” sino que abre nuevas posibilidades de establecer vínculos y relaciones. Las posibilidades con las que contamos hoy en día de registrar, reproducir y archivar el pasado han movido la frontera entre experiencia directa e indirecta. La circulación y uso de imágenes, tanto de sucesos privados como públicos, marca un cambio radical de las herramientas de transmisión del pasado. Cuando nos acercamos a una fecha de cierta trascendencia nacional, como el 24 de marzo en Argentina, en los medios se reproducen imágenes por doquier: ya sean películas documentales o fotografías, acompañadas siempre con una narración. Para los contemporáneos al período militar, las imágenes activan sus memorias; para aquellos que no, para aquellos que guardan una mayor distancia temporal, las imágenes sirven para crear prótesis de memoria: acontecimientos o situaciones que no tienen, necesariamente, relación directa con la persona pero lo recuerdan como esencial para su

subjetividad. La imaginación como prótesis de memoria permitiría re-presentar un recuerdo, volviéndolo real, o quasi-real<sup>5</sup>, en la conciencia.

Así como no hay dos cerebros iguales, tampoco hay recuerdos similares. En tanto experiencia a recordar, ésta es única y subjetiva. No podemos ni recordar por otro ni recordar lo mismo que el otro. Podemos sí presuponer lo que el otro podrá recordar en base a nuestro propio acervo de conocimiento, en base a la tesis de reciprocidad de perspectivas, presuponiendo que el otro es “como yo”. Es por eso que la noción de memoria colectiva nos parece, en consonancia con lo expuesto por Joël Candau (2002), más expresiva o declarativa que explicativa. Pero lo mismo sucede con la prótesis de memoria. Frente a las mismas imágenes, frente a las mismas narraciones, la imaginación puede crear recuerdos diferentes ya que la imaginación resulta ser más autónoma que la memoria (CASEY, 2000, pp.177-202).

Entonces, la prótesis de memoria sería un tipo de memoria afincada en la imaginación a partir del acervo de conocimiento. Como toda prótesis, no es “natural”, no es producto de una experiencia vivida. En cambio, al ser una experiencia predicativa, surge de una representación mediada: un relato oral, una película, una fotografía, etc. Si bien una prótesis puede ser cambiada, extraída para ser reemplazada y por lo tanto intercambiable, disentimos de la visión sugerida por Alison Landsberg (2004) sobre las prótesis de memoria. Nosotros partimos de la idea de una pieza que sustituye a algo que falta, en tanto logre sedimentarse en el acervo de conocimiento y en el sistema de significatividades, la prótesis de memoria, como toda prótesis, deberá amalgamarse con lo que sustituye, pasando a ser “la” cosa que reemplaza: el recuerdo en este caso. En caso contrario, conocer, saber “algo”, recordar un evento o una fecha, será una acción sin sentido; sólo si logra formar parte del acervo de conocimiento, aquello que fue experimentado en forma indirecta, logrará orientar acciones y planes, para así sí remitirse a la memoria. Lo fundamental, entonces, es que este recuerdo se sedimente y pueda orientar las significatividades de cada persona.

#### *De la significatividad al ciudadano bien informado*

Nos hemos referido a dos conceptos nodales en el pensamiento de Alfred Schutz. Desde nuestro punto de vista, nos resultan preferible las ideas de acervo de conocimiento y de acervo social de conocimiento ya que en ellas encontramos integradas tanto la memoria como la imaginación, conformando un todo que posibilita



la acción. La noción de acervo de conocimiento (*stock of knowledge* en sus escritos en inglés, *Wissensvorrat* en los alemanes) se refiere al conocimiento individual, subjetivo. No sólo se refiere al conocimiento sobre los semejantes, sino también a cuestiones prácticas que orientan la conducta y la acción. La explicitación y la comprensión del mundo que cada uno se hace se sedimentan, en todo momento, en un acervo de experiencias previas (tanto directas como indirectas). El acervo es un todo que puede presentarse como incoherente, inconsistente y “parcialmente claro”; lo importante de destacar aquí es que una vez que el mismo se sedimenta presenta el mundo de la vida cotidiana como “aprobemático”. Otra función que posee el acervo subjetivo se relaciona con el sistema de significatividades, aquello que permite elegir posibilidades de acción como también de interpretación.

El acervo social de conocimiento es histórico y se refiere a las interpretaciones del mundo efectuadas por las sucesivas generaciones. Tanto el acervo de conocimiento subjetivo como el social se encuentran interrelacionados pero de ninguna manera el segundo es la sumatoria de diversos acervos de conocimiento subjetivos.

¿Cómo se “amalgama” la prótesis de memoria al recuerdo? Pensemos que hemos asistido a una muestra fotográfica o hemos visto un documental en la televisión en alusión a los desaparecidos, o nos aproximamos a una fecha donde el deber de memoria se impone. Ante dicho deber, que podría ser visto como una “significatividad impuesta”, se abren dos posibilidades: aquel que posea cierta vinculación con la temática o con el hecho, recordará sus propias experiencias; en cambio, aquel que no, podrá quizá recordar que vio un documental sobre el tema o vio la muestra, o participó de un acto. Para el primero, el pasado orienta sus acciones y planes; para el segundo, quizá no, ya que para él el pasado se mantiene como pasado, incluso lo ve como tradición. Para que la prótesis logre su función, esta deberá comportarse “como significatividad intrínseca”; es decir, debe orientar las acciones y proyectos (proyectos que, como señala Schutz, nacen de la imaginación), acoplarse al sistema de significatividades que permitan actuar, decidir e interpretar no sólo el pasado, sino el presente y el futuro.

Pensamos que una de las cualidades fundamentales que necesita la prótesis de memoria es la empatía (*Einfühlung*). Nos permitimos, entonces, trasponer una idea pensada por Robert Vischer a fines del siglo XIX en el campo de la estética. Vischer se

preguntaba de dónde nace la emoción estética, qué nos moviliza cuando percibimos, por ejemplo, un cuadro. Intentando responder a sus interrogantes, llegó a la conclusión que se debe analizar la mirada, acercándose así al modo de comprensión de la “estructura de la imaginación”. Al observar una imagen, se puede intensificar la emoción ya que en esa operación el espectador siempre proyecta una imagen mental de sí. Por lo tanto, se “puede crear un compromiso entre lo que emana de la imaginación y lo que es representado por la percepción...enriquec[iendo] la imagen con una asociación de ideas” (SEVERI, 2010, pp. 53-54). Trayéndolo a la perspectiva planteada, la imaginación deberá ser estimulada con el fin de poder crear un recuerdo que permita reconocer a un otro como un semejante. Interpretándolo desde su propio esquema de interpretaciones, que se encuentra determinado biográficamente, la imaginación permitiría comprender sus motivaciones, sus acciones y sus actos.

Debemos remarcar que la empatía difiere de la simpatía. La primera, entonces, es un proyectar, o imaginar, ser como otro. No sólo presuponer sino sentirlo como un quasi-semejante. En ese sentido, pensamos que la empatía puede ser alcanzada si ese predecesor (o contemporáneo) se encuentra relativamente próximo a la coordenada temporal de nuestra existencia. Cuanto más lejano en el tiempo se encuentre, el mismo se volverá un mero predecesor imposibilitando cualquier sincronización virtual de experiencias. En esta misma frecuencia, podríamos pensar que la imaginación también nos puede interpelar. De este modo, si el recuerdo protésico logra ser comprendido se podrá también generar un compromiso ético con el pasado. Compromiso que no residiría en “ejercitar la memoria” un día particular, sino que al encontrarse sedimentado en el acervo de conocimiento podrá orientar las significatividades y acciones en la vida cotidiana.

Ahora bien, el hecho de que los medios de comunicación masiva hayan transformado nuestra relación con el pasado no significa que la transmisión intergeneracional quede asegurada. Para nada plantamos aquí una “confianza ciega” en los medios ni tampoco desconocemos las pugnas políticas por las que se encuentran atravesados. Es por eso que deseamos hacer intervenir la idea pensada por Schutz del “ciudadano bien informado” (SCHUTZ, 2003, pp. 120-132). Bajo este tipo de idea, se pone de manifiesto la importancia del conocimiento en la sociedad como también de su distribución social. Con Schutz nos gustaría remarcar que ante acontecimientos como

genocidios o terrorismos de Estado, se debe profundizar las posibilidades del conocimiento antes que la memoria.

Si bien el acervo social de conocimiento se encuentra disponible para todos, lo cierto es que no se encuentra integrado. En nuestra vida cotidiana predominan nuestros intereses prácticos y quizá no nos interese ir más allá de lo que nos permita operar en nuestra cotidianeidad.

Cuanto menos anónimo se presente el Otro, menos discernible será la zona de significatividades intrínsecas compartidas. Así, como antes lo señalamos, podemos compartir ciertas significatividades intrínsecas y, en ese sentido, sintonizar con nuestros semejantes, formando así una relación Nosotros. Ésta interacción nos permitiría poseer motivaciones similares pudiendo así trazar proyectos y acciones conjuntas. A pesar de ello, debemos recordar siempre que nunca será posible conocer totalmente las significatividades intrínsecas del Otro. Al mismo tiempo, Schutz nos recuerda que en la vida cotidiana nos desenvolvemos entre las mencionadas significatividades y las impuestas, que muchas veces se encuentran fuera de nuestro control ya que provienen desde la política, la economía o de la propia sociedad. Si bien la línea que demarca ambas significatividades en ciertas ocasiones puede ser difusa, el ciudadano bien informado tendería a discernir cuando actúa a partir de una significatividad intrínseca y otra impuesta.

Retomando lo expuesto párrafos más arriba, la empatía podría lograr que significatividades impuestas puedan ser tomadas como significatividades intrínsecas. Claramente la participación en una celebración religiosa o tradicional puede ser pensada como una significatividad impuesta, en cambio aquella que no se presente necesariamente como deber (impuesta) puede alcanzar un alto grado de empatía sedimentándose, en el sistema de significatividades, como intrínseca.

Schutz piensa la figura del ciudadano bien informado a fines de la Segunda Guerra Mundial. En 1946 el mundo ha cambiado, y el austríaco es sensible a los cambios políticos, económicos y sociales, pero también a los de los medios de comunicación. Su escrito *El ciudadano bien informado. Ensayo sobre la distribución social del conocimiento* se apresta, entre otros objetivos, a estudiar y advertir la influencia de los medios de comunicación en la opinión pública, advirtiendo cómo

puede ser influenciadas nuestras elecciones, proyectos de acción y, claro está, nuestras significatividades.

Los tres tipos ideales pensados son: el hombre común, el experto y el ciudadano bien informado. Brevemente podemos decir que el hombre común vive entre las significatividades intrínsecas propias y las de su grupo de referencia, las impuestas las toma como dadas sin tratar de comprender su origen. Según Schutz, el hombre común forma sus opiniones más por sentimiento que por información. El experto se halla en un sistema de significatividades impuestas, con esto se refiere a que los problemas que le interesa o con los que trabaja se encuentran preestablecidos dentro de su dominio. Al mismo tiempo, ese mismo dominio puede orientar también sus planes y proyectos en su cotidianeidad; sin embargo, ese dominio puede presentarle límites ya que el mundo de la vida cotidiana se termina imponiendo, pues esta es, finalmente, la realidad fundamental y eminente del hombre.

El ciudadano bien informado tiene la posibilidad de situarse en diferentes ámbitos de marcos posibles de referencia. A diferencia del experto que transita en un marco de referencia acotado, el ciudadano bien informado puede elegir su marco de referencia según su interés; vale la pena recordar aquí que en el mundo de la vida cotidiana nos manejamos pragmáticamente. Por lo tanto, el ciudadano bien informado es aquel que logra investigar la zonas de significatividad unidas a él, reuniendo todo el conocimiento posible acerca del origen y las fuentes de las significatividades que actual o potencialmente se le imponen. En síntesis, no acepta necesariamente el conocimiento social sino que necesita formarse una opinión y buscar información, apelando a lo que Schutz denomina el conocimiento socialmente aprobado. El ciudadano bien informado no se comportaría exactamente como un experto pero se pregunta por las fuentes, intentando conocer cómo se crean. El objetivo de este tipo ideal reside, finalmente, en poder crear una propia opinión que pueda prevalecer, medianamente, en el tiempo, no debiendo modificarse ante otras opiniones como las del “comentador” (un tipo ideal de conocimiento de origen social, que puede ser, por ejemplo, un periodista). Por lo tanto en la distribución social del conocimiento se resalta la educación, pero no sólo en cuanto a la recepción y aprendizaje de “contenidos” sino en la posibilidad de crear conocimiento por cuenta propia, de poseer un pensamiento autónomo respecto al conocimiento que circula diariamente en la sociedad. Por otro lado, esta misma idea nos

advierde sobre las diferencias sociales manifestadas tanto en el acceso a la información como a las mediaciones en la formación de opinión.

### *La educación y la imaginación*

Con lo expuesto, frente al pasado reciente, pensamos que el acento debe colocarse en la educación antes que en el “deber de memoria” o, incluso, en la Historia. Dentro de este marco, la tendencia hacia el ciudadano bien informado posibilitaría comprender las motivaciones y planes de los Otros, de aquellos que nos precedieron.

En ese sentido, pensamos que los “viejos” (cine, televisión) y nuevos medios de comunicación masiva son arena para desarrollar estrategias para alcanzar lo que aquí discutimos. Si sabemos que la memoria tiende a fallar, que tiende a hacerse difusa a medida que el tiempo avanza<sup>6</sup>, ¿por qué insistir con ella? Pensamos que si podemos conocer las capacidades y el lugar de la imaginación en el mundo de la vida se podrá alcanzar una relación diferente, más empática, con nuestro pasado. La imaginación no se limita a proyectar imágenes en la memoria, también puede proyectar el porvenir y lo posible. En síntesis: permitir la acción.

Los “viejos” y nuevos medios poseen la capacidad de confrontarnos con historias y narraciones que pueden ser lejanas a nuestras experiencias. En ese sentido, ellos poseen la facultad de hacer cercano lo lejano, de alcanzar empatía, de hacernos sentir como quasi-semejante a un predecesor.

Parafraseando a Paul Ricoeur (2006), podríamos decir que la imaginación puede darle a nuestras intenciones éticas y políticas sobre el futuro, la fuerza de reactivar las potencialidades incumplidas del pasado transmitido.

### Notas

<sup>1</sup> Al respecto, véanse las interesantes reflexiones en torno a los recuerdos propios y los contados sobre su infancia que el escritor Georges Perec desarrolla en su autobiografía (2003)

<sup>2</sup> Si bien requiere un desarrollo mayor, algunas de nuestras posiciones en torno a la imaginación las hemos reflexionado a partir de Edward Casey. Desde una perspectiva fenomenológica, él sugiere que la “fase de acto” de la imaginación, posee tres formas:

imágenes, imaginar-que (imagining-that) e imaginar-cómo (imagining-how). Las tres constituyen las formas en que imaginamos (CASEY, 2000).

<sup>3</sup> Continuando con la fenomenología, en este caso la parte que no vemos pero podemos intuir se nos daría por presentación.

<sup>4</sup> Al respecto, Schutz había comenzado una investigación que dejó inconclusa. En 1970 se publicó el manuscrito de lo que hubiera sido la primera parte de ese libro (Schutz, 1970).

<sup>5</sup> La noción de “quasi” la tomamos de la fenomenología husserliana, que se referiría a un “como si”.

<sup>6</sup> Véase al respecto el trabajo pionero (y quizá no superado) de F.C. Bartlett (1977).

#### Bibliografía

APPADURAI, Arjun. *La modernidad desbordada*, Buenos Aires: FCE, 2001.

BARTLETT, F.C. *Remembering*. 9<sup>o</sup> edición. Londres: Cambridge University Press, 1977.

CANDAU, Joël. *Antropología de la memoria*, Buenos Aires: Nueva Visión, 2002.

CASEY, Edward S. *Imagining. A phenomenological study. Second edition* Bloomington: Indiana University Press, 2000.

EDELMAN, Gerald. *Remembered Present: A Biological Theory of Consciousness*, New York: Basic Books, 1990.

EDELMAN, Gerald, y TONONI, Giulio. *El universo de la conciencia. Cómo la materia se convierte en imaginación*, Barcelona: Crítica, 2002.

HUYSEN, Andreas. *Modernismo después de la posmodernidad*, Barcelona: Gedisa, 2010.

JAMES, William. *Compendio de Psicología*, Buenos Aires: Emecé, 1951.

LANDSBERG, Alison. *Prosthetic memory. The transformation of American remembrance in the age of mass culture*, New York: Columbia University Press, 2004.

PEREC, Georges. *Wo el recuerdo de la infancia*, Barcelona: El Aleph, 2003.

RICOEUR, Paul. La iniciativa en *Del texto a la acción*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.

ROBIN, Régine. *La mémoire saturée*, Paris: Stock, 2003.

- ROUSSO, Henry. *The haunting past*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2002.
- SCHACTER, Daniel. *Searching for memory: the brain, the mind, and the past*, New York: Basic Books, 1996.
- SCHUTZ, Alfred. *Reflections on the Problem of Relevance*, New Haven Yale University Press, 1970.
- SCHUTZ, Alfred. *La construcción significativa del mundo social*, Barcelona: Paidós, 1993
- SCHUTZ, Alfred. *Estudios sobre teoría social*. 2ª edición. Buenos Aires: Amorrortu, 2003
- SCHUTZ, Alfred, y LUCKMANN, Thomas. *Las estructuras del mundo de la vida*. 2ª edición. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- SEVERI, Carlo. *El sendero y la voz. Una antropología de la memoria*, Buenos Aires: SB, 2010.
- STAROBINSKI, Jean. *La relación crítica*, Buenos Aires: Nueva Visión, 2008.
- TODOROV, Tzvetan. *La memoria, ¿un remedio contra el mal?* , Barcelona: Arcadia, 2009
- TULVING, Endel. Are There 256 Different Kinds of Memory? en James NAIRNE (Ed.), *The foundations of remembering : essays in honor of Henry L. Roediger III*. New York,: Psychology Press, 2007.